

DAVID HELD

# La globalización \*

*La globalización impera hoy en día. Como Tony Blair recuerda a menudo, “la nueva economía global renueva las industrias y los mercados de capital”; el Gobierno apenas puede incidir en “los cambios de los mercados mundiales”; “el mercado global está por encima de nosotros” y los Gobiernos son incapaces de amparar a las empresas que deben afrontarlo. El Nuevo Laborismo británico, por ejemplo, acepta “la nueva economía global” y por ello dirige “una política monetaria y financiera prudente y disciplinada”.<sup>1</sup> Ante la globalización, que parece que ha acabado con todo lo anterior, cabe preguntarse si es en realidad una fuerza inexorable a la que se deben adaptar los ciudadanos y las instituciones nacionales y ante la que, como sugiere Bill Clinton, los países y las superpotencias ya no tienen el control de su propio destino.<sup>2</sup>*

## La Tercera Vía y la ortodoxia desreguladora neoliberal

El Nuevo Laborismo ha adoptado una particular concepción de la globalización, que domina desde finales de la década de los setenta con la ascensión, primero, de Margaret Thatcher y, después, de Ronald Reagan: la ortodoxia desreguladora neoliberal. Esto encierra una profunda paradoja. Blair, en su defensa de la Tercera Vía trata, en principio, de equilibrar las fuerzas del mercado con mecanismos reguladores para que haya resultados justos y eficientes.<sup>3</sup> Sea cual sea su punto débil, esta posición tiene el mérito de reconocer que el mercado deja de lado la solidaridad social, la cohesión y la justicia social, si no se interfiere en su tendencia. Lo cierto es que, cuando el mercado internacional está en el punto de mira, se suelen

David Held es profesor de política y sociología en la Facultad de Ciencias Sociales de la Open University (Milton Keynes, Reino Unido) y director de la editorial Polity Press

\* Este artículo forma parte del libro Martin Jacques (ed.), *¿Tercera Vía o Neoliberalismo?*, publicado por la editorial Icaria, Barcelona, 2000. Reproducido con autorización.

<sup>1</sup> Véase el discurso de Blair en la Cena Anual del CBI, el 27 de mayo de 1998; su referencia a la circunscripción de Sedgfield, el 16 de septiembre de 1998, y su entrevista con Martin Kettle, *The Guardian*, 15 de mayo de 1998.

<sup>2</sup> Comentarios de Clinton en el seminario sobre Fortalecimiento de la Democracia y Economía Global, Universidad de Nueva York, 21 de septiembre de 1998.

<sup>3</sup> Comparar *The Third Way, New Politics for the New Century*, de Tony Blair, Fabian Society, 1998; y *The Third Way: The Renewal of Social Democracy*, Polity Press, Cambridge, 1998.

pasar por alto todas esas consideraciones para dar preferencia a la doctrina del *laissez-faire*.

Para el Nuevo Laborismo, el concepto de globalización implica una serie de razonamientos que podríamos llamar hiperglobalistas. La principal fuerza actual procede de la internacionalización de los procesos económicos, es decir, de las transacciones productivas y financieras. El rápido crecimiento de las multinacionales promueve enérgicamente la internacionalización. Entre un cuarto y un tercio de la producción mundial está en manos de 20.000 multinacionales, que manejan el 70% del comercio mundial. Las multinacionales se han hecho indispensables, entre otras áreas, en la producción y distribución global, en la creación de empleo y en la difusión de tecnología. Aunque pueden tener una sede nacional, su interés —la lucha hiperglobalista— se basa sobre todo en el aprovechamiento global y en estratégicos acuerdos globales.

La escala y la proyección de los bancos y demás organizaciones financieras también son cada vez más globales: su evolución en Londres, Nueva York o Tokio se puede dirigir al mismo tiempo y se puede reaccionar ante ésta casi instantáneamente. En el contexto de la desregulación de los mercados de capitales, la tecnología de la nueva información ha aumentado radicalmente la movilidad de las monedas, las reservas, las acciones, los “futuros” y otras unidades económicas. Esto ha propiciado una asombrosa expansión de los flujos financieros en los últimos 10 ó 15 años. Actualmente el movimiento de divisas diario supera el billón de dólares.

Los que apoyan la preponderancia absoluta de esas fuerzas económicas globales suelen argumentar que las fronteras, que eran necesarias para la independencia de las políticas económicas nacionales, han quedado obsoletas. Los mercados y las sociedades son cada vez más sensibles a las vicisitudes ajenas: la quiebra del mercado de valores de octubre de 1987 fue un claro ejemplo y la actual crisis económica también va a serlo. En consecuencia, se considera problemática la posibilidad real de aplicar una política económica nacional. Los costes y los beneficios de aplicar las políticas económicas han variado. Por ejemplo, aunque hay muchas causas por las que el keynesianismo ya no funcionaría hoy en día, una razón fundamental es que, para los Gobiernos, ahora es mucho más difícil mantener sus economías, ante la división global del trabajo y la rápida circulación de los mercados de capital desregulados.

Además, en un mundo económico sin fronteras, las empresas siempre pueden optar por invertir en nuevas ubicaciones. Por ello, los Gobiernos deben conseguir que sus economías alcancen los mejores estándares de la economía global —baja inflación, atractivas condiciones de inversión, mínimos costes laborales, buena infraestructura, etc.—, para que las empresas y los flujos de inversión les favorezcan. Las amenazas a la base imponible de cada país, originadas por las presiones de la competencia global, sólo se pueden superar si se alcanzan estos estándares.

Una de las consecuencias políticas de esa forma de pensar es que erosiona inevitablemente la democracia social en su forma tradicional: el Estado keynesiano orientado hacia el bienestar, con considerables funciones de gestión económica y social, no sobrevivirá en las nuevas circunstancias. Los Estados ya no tienen

los instrumentos políticos necesarios para someterse al cambio económico global.

En resumen, la concepción neoliberal e hiperglobalista de la globalización se distingue porque hace hincapié en la naturaleza elástica del capitalismo global, en el carácter ineludible de la competencia global, en los estándares de la eficacia económica global y en la decreciente capacidad de los Estados para regular sus economías.

Desde finales de la década de los setenta, los países y organizaciones con influencia económica —el Gobierno de EE UU, el G7, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, entre otros— se han mostrado de acuerdo en la necesidad y la conveniencia de que haya una política pública y una estrategia basada, por un lado, en las instituciones y los principios de la democracia liberal y, por otro lado, en políticas macroeconómicas orientadas hacia la baja inflación, los balances equilibrados, la eliminación de las barreras comerciales y de los controles de cambio, la máxima libertad para el capital, la mínima regulación de los mercados laborales, la privatización y, en líneas generales, un Estado de bienestar actualizado, que incite a los ciudadanos a trabajar. El Nuevo Laborismo se ha mostrado, sin ambages, de acuerdo con ese consenso, entre cuyas implicaciones más graves figura la tendencia a limitar la prudencia política en pos de determinada lógica económica.

El punto de mira de la política económica está en adaptarse a la economía internacional y, por encima de todo, a los mercados financieros globales. Las “señales decisivas” de esos mercados, y de las fuerzas y los agentes que los dirigen, se convierten en un modelo, por no decir en el único estándar para la toma de decisiones racional. Se afirma que los Gobiernos no deberían siquiera intentar —puesto que no pueden— predecir la toma de decisiones. Esta opinión sería válida si los operadores de los mercados financieros tuvieran el monopolio del saber económico, pero no lo tienen, y las consecuencias de dejar las riendas en manos del mercado son muy serias.

Los operadores del mercado financiero ejercen un tremendo poder aunque, a menudo, quepa dudar de su sabiduría. Son capaces de desencadenar crisis y de impedir la ejecución de políticas sensatas. Casi toda su actividad es especulativa, guiada por consideraciones económicas a corto plazo y se basa primordialmente en extraer ganancias —en divisas, acciones, primas, futuros, etc.— con la expansión y la rapidez de las operaciones financieras. Pueden revalorizar economías y empresas de la noche a la mañana. Eso pasó en México, en enero de 1995, y ha pasado desde 1997 en todas partes, desde Asia a América Latina. Y también pueden minar la calidad democrática de un Gobierno porque, cuando afloran en el proceso político las decisivas señales de los mercados financieros, determinados sectores de intereses económicos tienen garantizada una posición privilegiada.

Las voces que insisten en que la dirección de la economía nacional debe adaptarse a las necesidades de la economía internacional están en consonancia con la búsqueda de determinadas medidas, encaminadas sobre todo a utilizar la educación y la formación como herramientas de la política económica. Hay que dar a los ciudadanos la posibilidad de desafiar con éxito la creciente competencia —local, nacional, continental y global— y la creciente movilidad de capital. Deben ser adaptables, flexibles, con experiencia y formación, orientados hacia el empleo

*Los  
operadores  
del mercado  
financiero  
ejercen un  
tremendo  
poder  
aunque, a  
menudo,  
quepa dudar  
de su  
sabiduría*

a medio plazo, responsables y sentirse satisfechos, para que las multinacionales competentes (y las pequeñas y medianas empresas) los “elijan”. O, por decirlo de otra manera, los ciudadanos tienen que convertirse en estrellas —jóvenes, bellas y complacientes— para poder ser elegidos en el reparto y actuar en el escenario mundial. Con demasiada frecuencia estas políticas se caracterizan por sus vacilaciones respecto a la justicia equitativa, a la relación entre los impuestos y el bienestar y a cualquier obligación de los patronos y los ricos que pueda desanimar a los que dirigen el espectáculo.

### **El Estado no ha perdido poder: sólo se ha transformado la forma en que lo ejerce**

Ante la catástrofe política y económica que viven Rusia, Indonesia y muchos otros países, es cada vez más urgente buscar alternativas a la desregulación neoliberal. No hay que olvidar que la globalización no requiere aplicar eternamente esta mezcla de política neoliberal, puesto que el proceso de globalización es discutible y está abierto a cambios políticos. La postura hiperglobalizadora representa un proyecto político e intelectual concreto, pero no es el único. Hay una concepción alternativa de la globalización y está relacionada con otro programa político.

Es evidente que vivimos en un mundo que se mueve rápidamente. Las actuales circunstancias económicas modifican los grados de riesgo e incertidumbre. La economía global es más abierta, fluida y volátil que nunca: las economías están menos protegidas y los mercados internacionales reaccionan rápidamente ante los indicios de cambios políticos y económicos. Ahora es más difícil resistir las tendencias económicas internacionales que en las primeras décadas posteriores a la posguerra. Puesto que hay mayor liquidez en los mercados, hay más inestabilidad. En consecuencia, los costes y los beneficios de determinadas políticas son menos evidentes, y esto conduce a la precaución política y a las “políticas de adaptación”. Pero el Nuevo Laborismo se ha excedido al permitir, con demasiada frecuencia, que las fuerzas del mercado internacional manejen a su antojo el poder estatal.

Si bien es cierto que la globalización contemporánea transforma el poder estatal, describir este proceso como una simple pérdida o disminución de poderes es una distorsión. Porque, aunque la globalización altera la relación entre los Estados y los mercados, eso no sucede exclusivamente a expensas de los Estados. Los Estados y las autoridades públicas iniciaron muchos cambios fundamentales, como por ejemplo la desregulación de capital, en los años ochenta y principios de los noventa. También en otras esferas han desempeñado un papel decisivo para entablar nuevos tipos de colaboración internacional, desde la constitución de diferentes formas de alianzas militares a la cooperación para conseguir nuevos sistemas armamentísticos. Lo cierto es que en muchos recursos fundamentales del poder —desde la capacidad de subir impuestos y salarios a la habilidad de agredir al enemigo con una concentración de fuerzas— los Estados, por lo menos la mayoría de los integrados en la OCDE, son igual o más poderosos que sus predecesores.

Por otro lado, tienen cada vez más presiones. En ese contexto, es más lógico hablar de una transformación del poder estatal que calificar lo que ha ocurrido

simplemente como un declive.<sup>4</sup> El poder, la autoridad y las operaciones de los Gobiernos nacionales cambian, pero no lo hacen en una sola dirección. La legitimidad de los Estados para gobernar en su circunscripción territorial (soberanía) no está, ni mucho menos, al borde del colapso, aunque sí está cambiando la naturaleza práctica de esa legitimidad, la verdadera capacidad de los Estados para gobernar. Está surgiendo un nuevo régimen de gobierno que desplaza el concepto tradicional del poder estatal como forma de poder público absoluto, indivisible y exclusivo en su territorio. Lejos de significar el “final del Estado”, la globalización estimula una serie de estrategias de gobierno y, en algunos aspectos fundamentales, un Estado más activo.

### **Blair y la globalización**

**John Humphries (H): Desde hace algunos años el destino de nuestra economía depende en gran parte de lo que ocurre en el mundo. ¿Qué se puede hacer al respecto?**

**Tony Blair (B):** Podemos hacer cosas a corto y a largo plazo. A corto plazo, lo importante para la economía británica es que no regresemos al tremendo altibajo de principios de los noventa. A un plazo más largo, podemos hacer cosas para mejorar el sistema internacional, la transparencia y la responsabilidad del sistema financiero y la forma en que trabaja el FMI.

**H: ¿Le preocupa que todo ese dinero, 1'3 billardos de libras esterlinas, vague por el mundo, en una época en que un puñado de jovenzuelos puede desestabilizar toda una economía?**

**B:** Sí, pero creo que la realidad es que así es como va ahora el mundo; no nos podemos inmunizar ante esos cambios, pero podemos hacer todo lo posible para asegurarnos de que, a largo plazo, nuestra economía esté en la mejor forma posible.

**H: Pero eso se aparta un poco del tema que apuntaba, es decir los mercados financieros. Hay cosas que se podrían hacer al respecto, como por ejemplo, controles de divisas.**

**B:** No, yo diría que es un camino equivocado. Vamos a vivir en un mercado de financiación global y habrá inversores que decidan entrar y sacar dinero en distintos países. Aunque vivimos con un problema económico muy serio, también hemos obtenido enormes beneficios del mayor crecimiento del comercio internacional que hay desde la ausencia del proteccionismo y del control de divisas. Mi consejo es éste: mira, éstas son las circunstancias en que vives y trabajas; prepárate para ello, por ejemplo, aceptando que las razones de la crisis económica asiática estaban relacionadas en parte con los sis-

<sup>4</sup> Para una relación completa ver David Held, Anthony McGrew, David Goldblatt y Jonathan Perraton, *Global Transformations: Politics, Economics and Culture*, Polity Press, Cambridge, 1999.

temas financieros, y también con la falta de transparencia y de responsabilidad de los sistemas en cada país.

**H: Hay algo más que puede hacer al respecto, y es imponer algún tipo de impuesto, un impuesto de especulación...**

**B:** No, no creo que haya que hacer eso, porque lo que en realidad queremos es que la gente pueda mover dinero muy, muy deprisa.

**H: ¿Incluso si es para jugar con él y hundir una moneda?**

**B:** Bueno, hay que ir con cuidado con eso, porque es fácil de decir..., pero, de hecho, detrás de esto hay personas que deciden hacer inversiones económicas, y si nos retiramos hacia el proteccionismo, entonces...

**H: Pero ¿por qué es proteccionismo gravar a los especuladores?**

**B:** Si a la gente se le dice “vamos a cobrar un impuesto que grave la circulación del dinero”, y si acabamos diciendo “consideraremos la posibilidad de reintroducir los controles de divisas”, creo que de esto a que los países digan “reforzaremos los controles de importación” hay un paso muy corto... Mi opinión es que el mercado global, al fin y al cabo, es bueno para nosotros,... y la forma de encajar sus consecuencias es prepararnos y equiparnos para el futuro. No tratar de resistirse a ello, ni desviarlo, ni desear que no exista.

**H: Pero mientras no esté regulado, toda la economía global es vulnerable, ¿no es así?**

**B:** Sí, pero...

**H: Eso es lo que parecía decir usted en su discurso de ayer, pero no ofrece ninguna solución.**

**B:** Sí que propongo soluciones. Insisto, en nuestra economía hay soluciones que tenemos que adoptar para prepararnos. Pero, en términos de finanzas internacionales...

**H: No podemos protegernos contra lo externo desde dentro.**

**B:** Exactamente, pero respecto a las finanzas internacionales, Gordon Brown ha tomado la iniciativa diciendo que necesitamos, por ejemplo, un nuevo código de práctica para las finanzas internacionales...

**H: ...Eso es voluntario.**

**B:** No, es muy importante si la gente lo sigue.

**Tony Blair, entrevista en el programa Today, BBCR4,  
30 de septiembre de 1998.**

Es en el contexto político de la globalización económica donde esta tendencia se ve con mejores ojos. Paralelamente al cambio económico global, ha habido cambios políticos que han modificado el alcance del poder político y de las formas de dirigir. Aunque los Gobiernos y los Estados siguen teniendo mucha fuerza, han contribuido a la creación de una serie de entidades y organizaciones con las que ahora comparten el mismo marco. El Estado se enfrenta a innumerables organizaciones intergubernamentales, regímenes y entidades internacionales que ope-

ran en diferentes ámbitos espaciales, y con instituciones casi supranacionales como la Unión Europea. Las entidades no estatales o transnacionales también participan intensamente en las políticas globales. Estos cambios desafían los presupuestos convencionales y generan un panorama mucho más complejo de gobernanación regional y global. En esos cálculos mucho más sutiles, el Estado ejerce su soberanía y autonomía regateando las migajas, en negociaciones que requieren la coordinación y la colaboración de redes transnacionales e internacionales.

Los cambios en sectores como el político, el legislativo y el militar sugieren que la globalización no es, ni mucho menos, un fenómeno singular, sino que consiste en una serie de procesos multidimensionales. La globalización se concibe en relación con una categoría espacial, cuyo ámbito, en el otro extremo de lo local, es siempre mayor al nacional. Denota un giro en la organización de la actividad humana y en el despliegue de poder hacia modelos transcontinentales o interregionales. Esta variación puede tomar diversas formas y seguir diferentes tipos de trayectoria en los ámbitos económico, político y cultural, y tanto puede generar tendencias conflictivas como complementarias.

### **¿Una sola globalización?**

El siglo XX presenta muchos tipos de globalización. Por un lado figura la creciente desregulación neoliberal, tan alabada por los hiperglobalistas. También destaca el crecimiento de grandes instituciones globales y regionales, desde la ONU a la UE. Estas últimas son destacadas innovaciones políticas en el contexto de la historia estatal. La ONU sigue siendo producto del sistema interestatal. A pesar de sus limitaciones, ha constituido un innovador sistema de gobierno global que presta servicios públicos internacionales esenciales, desde el control del tráfico aéreo y la gestión de telecomunicaciones al control de enfermedades contagiosas, ayuda humanitaria para los refugiados y protección de recursos ambientales. La UE, en muy poco tiempo, ha llevado a Europa del caos de la posguerra a un mundo en el que la soberanía se coordina en un número creciente de áreas comunes. A pesar de sus numerosas limitaciones, la UE representa una forma muy innovadora de gobierno que crea un marco de colaboración para tratar cuestiones internacionales.

Al considerar la globalización, cabe destacar el espectacular crecimiento en este siglo del alcance y contenido de las leyes internacionales. La legislación internacional del siglo XX —desde las leyes que rigen la guerra a las que se refieren a los crímenes contra la humanidad, temas ambientales y derechos humanos— ha establecido la base de lo que se puede considerar un marco emergente de legislación cosmopolita, que circunscribe y delimita el poder político de cada Estado. En principio, los Estados ya no pueden tratar a sus ciudadanos según les convenga, porque los valores imbuídos en esas leyes restringen de manera fundamental la naturaleza y la forma del poder político, y establecen límites y estándares básicos que ningún sujeto (político o económico) puede eludir.

El siglo XX ha visto emerger considerables esfuerzos para recuperar los mercados, para utilizar una legislación que modifique las operaciones y condiciones básicas de las empresas del mercado. Mientras los intentos en esa dirección fracasa-

*Los  
hiperglobalistas  
tienen una  
concepción  
particular  
de la  
globalización*

saron en el tratado de la NAFTA (*North American Free Area*, Zona de Libre Comercio de América del Norte), el capítulo social del Acuerdo de Maastricht, por ejemplo, incluye principios y normas compatibles con la idea de reestructurar facetas de los mercados. La aplicación del Capítulo Social podría, en principio, modificar de diversas formas las condiciones de trabajo, por ejemplo, respecto a la difusión de la información y a los modelos de consulta del contratado. Si bien las previsiones del Acuerdo de Maastricht no cubren, ni mucho menos, las necesidades, establecen nuevas formas de regulación susceptibles de mejora.

Los hiperglobalistas tienen una concepción particular de la globalización. Los ejemplos antes expuestos sugieren que el siglo XX está inmerso en un proyecto alternativo de globalización, que se caracteriza por las iniciativas de colaboración, por la ampliación de la legislación internacional y por el compromiso con un orden económico y político más regulado. Todo ello constituye una base para crear una forma de globalización más responsable y democrática. Las medidas políticas del Nuevo Laborismo sugieren que la globalización es una fuerza fija a la que, en general, hay que adaptarse.<sup>5</sup> En esas circunstancias, el liderazgo no consiste en establecer objetivos, ni en una teoría, ni en grandes ideas, sino en proporcionar vías de adaptación. Esto es especialmente desalentador cuando se trata de un Gobierno cuyo compromiso con la democracia, en otros aspectos, está muy presente.

En caso de que la globalización fuese un fenómeno más complejo de lo que piensan los hiperglobalistas y hubiese más espacio de maniobra para afrontarlo, cabe preguntarse cómo sería el verdadero liderazgo de la globalización, qué fines se podrían conseguir y cuáles serían sus principales ideas.

Propongo algunas: primero, regular la volatilidad de los mercados financieros internacionales y su búsqueda especulativa de ganancias a corto plazo. Los impuestos a las transacciones de los mercados de divisas internacionales, la retención de controles de capital como opción política y el incremento sustancial de la regulación y la transparencia de las operaciones bancarias y de otras instituciones financieras, son medidas necesarias para que los mercados internacionales de capital a corto plazo concuerden con las normas democráticas.

En segundo lugar, son indispensables nuevas formas de coordinación económica. Las organizaciones como el FMI, el Banco Mundial, la OECD y el G7 operan con programas separados. La gestión política está fragmentada, por lo que hay que crear una nueva entidad económica de coordinación. No es una idea extravagante, sobre todo teniendo en cuenta los nuevos cuerpos multilaterales constituidos después de la Segunda Guerra Mundial y, más recientemente, la Organización Mundial del Comercio. Habría que debatir dónde ubicar esa nueva entidad de coordinación económica, si en EE UU o en otro lugar. Lo esencial es reconocer la necesidad de una autoridad económica internacional capaz de deliberar sobre las situaciones económicas de emergencia, la dinámica de los mercados de capital internacionales y los extensos balances entre las prioridades de inversión pública

<sup>5</sup> A menudo esos métodos de adaptación pueden implicar costes extraordinarios.

*Financial Times* estimó que la subvención efectiva por cada trabajo creado por inversión interna puede equivaler a decenas de miles de libras esterlinas. Ver el editorial "Silly Subsidies", en *Financial Times*, 7 de septiembre de 1998.



y los modelos de gastos. Este organismo serviría para llenar un vacío, es decir, para convertirse en coordinador de la política económica, tanto la establecida en ámbitos globales o regionales como —en los casos de su inexistencia— la establecida, al menos, por las autoridades públicas.

En tercer lugar, para restablecer los mercados es necesario ampliar la legislación, con el fin de contrarrestar su indeterminación y los masivos costes ambientales y sociales que a veces generan. Las principales normas del mercado libre y del sistema comercial deben modificarse de forma más o menos sutil. Eso requiere establecer nuevas condiciones reguladoras —sobre trabajo infantil, actividad de los sindicatos, asuntos sociales (como el cuidado de los niños y la baja por maternidad/paternidad) y protección medioambiental—, en el articulado de las asociaciones y en la constitución de las organizaciones económicas y las entidades comerciales. Para crear un nuevo acuerdo entre el poder económico y la democracia es imprescindible introducir nuevas condiciones de responsabilidad en el sistema económico global, a fin de suplir y complementar los acuerdos colectivos y las medidas de bienestar en los contextos nacionales y regionales. Estas medidas se deben concebir como pasos hacia un nuevo sistema al estilo de Bretton Woods, un sistema que introduzca la responsabilidad y la regulación en los mecanismos institucionales con el objeto de coordinar la inversión, la producción y el comercio.

Cuarto, si se vincula a medidas encaminadas a aliviar los casos más precarios de penurias económicas evitables —con la reducción radical de la deuda de muchos países en desarrollo, el establecimiento de nuevas facilidades económicas para el desarrollo en organizaciones como el FMI y el Banco Mundial y, quizá, como sugirió George Soros, creando nuevos fondos de seguros crediticios internacionales— se creará la base para fortalecer el capitalismo global a partir de la aplicación de procedimientos y mecanismos democráticos.

Quinto, ninguno de esos avances sentará por sí mismo las bases para una regulación democrática adecuada, a menos que estén firmemente vinculados a medidas para ampliar las formas democráticas y los procesos más allá de las fronteras territoriales. Esta política positiva de democratización puede empezar en Europa con una mayor transparencia en los centros clave de toma de decisión: aumentando el poder del Parlamento Europeo y reduciendo el déficit democrático en todas las instituciones de la UE. En otros casos, significaría la reestructuración del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas para dar a los países en desarrollo una voz significativa en la toma de decisiones; mejorar los mecanismos de rendición de cuentas de las entidades económicas internacionales y transnacionales; reforzar la capacidad de los regímenes de derechos humanos (socioeconómicos y políticos) y crear, a su debido tiempo, una segunda cámara democrática de la ONU. Esos objetivos señalan el camino para establecer sistemas de rendición de cuentas a escala global.

Estos elementos forman parte de lo que, en otros textos, he denominado “concepción cosmopolita de la democracia”.<sup>6</sup> Frente a las comunidades de coincidente

<sup>6</sup> David Held, *Democracy and the Global Order; from the Modern State to Cosmopolitan Governance*, Polity Press, Cambridge, 1995. (Edición española: *La democracia y el orden global*, Paidós, Barcelona, 1998).

destino —es decir, un mundo en el que las fortunas de las comunidades políticas individuales están cada vez más entrelazadas— en el futuro los ciudadanos no sólo deberán ser ciudadanos de sus propias comunidades, sino también de las zonas en las que viven y del más amplio orden global. Deben poder participar en distintas comunidades políticas, de ciudades y áreas subnacionales a países, zonas supranacionales y redes globales más amplias. Es evidente que ha comenzado un proceso para desvincular la legítima autoridad política de los Estados y las fronteras establecidas, al tiempo que a lo largo y ancho del país se extienden formas legítimas de Gobierno. Pero el proyecto cosmopolita está a favor de una extensión radical de ese proceso en la medida en que se circunscriba a un extenso compromiso con los derechos y deberes democráticos.

En la estructura política del Nuevo Laborismo hay reflejos de una intuición más ambiciosa en el escenario regional y global. Se trata de recabar el apoyo para un Tribunal Penal Internacional. Lo mismo puede decirse del creciente interés en que el G7 coordine la gestión de los vaivenes económicos y financieros. En septiembre de 1998, en Nueva York, Blair propuso “remodelar y modernizar” el FMI y el Banco Mundial. Pero las propuestas del Nuevo Laborismo en este aspecto son extremadamente tímidas, en consonancia con la postura neoliberal hiper-globalista. Destacan las siguientes medidas: mayor apertura y transparencia por parte de los bancos y los países; mejora de los niveles de rendición de cuentas y regulaciones financieras; mejora de los mecanismos de vigilancia para garantizar la disciplina del mercado, especialmente en los mercados emergentes; y captación de más fondos para el FMI, para aliviar la inmediata crisis económica.

Blair ha dejado muy claro (como lo hizo en el programa radiofónico *Today*, el 30 de septiembre de 1998) que la globalización económica seguirá existiendo tal y como es ahora; que la dirección y la rapidez de los flujos financieros globales dependen de los inversores privados, los bancos y las empresas; y que los políticos —a escala local, nacional y global— no pueden interferir en la determinación del mercado libre de comerciar, financiar y producir. Por tanto, las propuestas del Nuevo Laborismo para manejar la actual crisis económica están a la derecha de muchos países, entre los que se incluyen Francia y Canadá, que consideran que habrá que emprender con urgencia modificaciones más profundas en el gobierno global.

El Nuevo Laborismo debe recorrer un largo camino: desde el ámbito de los “políticos estrella” hasta el de la política de clase. La turbulencia económica que se extiende por el planeta ofrece una oportunidad histórica para replantearse y remodelar la política global. El Nuevo Laborismo necesita salir del gabinete de imagen.